

Una versión nacionalcatólica de la historia antigua del Próximo Oriente: *Las primeras civilizaciones* de Luis Suárez Fernández

A National Catholic Interpretation of the Ancient History of the Near East: *Las primeras civilizaciones* by Luis Suárez Fernández¹

Jordi Vidal Palomino
Universitat Autònoma de Barcelona (España)
Jordi.Vidal.Palomino@uab.cat

Resumen

El propósito del presente artículo es el de visitar el trabajo de Luis Suárez Fernández, *Las Primeras civilizaciones*, cuarenta años después de su publicación. El estudio pone de manifiesto el contexto académico del que surgió la obra, la ausencia de Orientalística Antigua en España, así como el sesgo ideológico nacionalcatólico con el que fue escrita.

Palabras clave

Orientalística Antigua, franquismo, exégesis bíblica, marxismo

Abstract

The purpose of this paper is to rethink the manual *Las primeras civilizaciones* by Luis Suárez Fernández, 40 years after its publication. This work examines the academic context in which *Las primeras civilizaciones* emerged (absence of Near Eastern Studies in Spain), as well as its National Catholic bias with which was written.

Keywords

Ancient Near Eastern Studies, Francoism, Biblical exegesis, Marxism

¹ Artículo escrito en el marco del proyecto de investigación “El origen de la Orientalística Antigua en España” (HAR2017-82593-P).

Introducción

La institucionalización definitiva de la Historia Antigua como disciplina universitaria autónoma en España se produjo de forma tardía, a partir de la década de 1960.² Fue entonces cuando se convocaron cuatro cátedras específicas de Historia Antigua que fueron ocupadas por José María Blázquez (1965),³ Marcelo Vigil (1965),⁴ Ángel Montenegro (1965) y Francisco José Presedo (1969) en Madrid, Granada, Valladolid y Sevilla respectivamente. Hasta aquellos momentos, la Historia Antigua solía formar parte de cátedras más genéricas, que a menudo incluían otras disciplinas como la Prehistoria, la Arqueología y, sobre todo, la Edad Media. Gracias a la creación de cátedras específicas fue posible que la Historia Antigua funcionase de forma independiente, implementando líneas de investigación más especializadas y planteando nuevos campos de estudio.⁵

Desde un punto de vista estrictamente docente, uno de los primeros problemas a los que hubo de hacer frente aquella primera generación de catedráticos fue el de la ausencia de manuales universitarios de Historia Antigua escritos en castellano que sirviesen como guía para los alumnos.⁶ Teniendo en cuenta su formación académica y bagaje intelectual, la publicación de textos de síntesis sobre historia de Grecia y Roma resultaba perfectamente asumible para ellos. Mucho más problemático era abordar la Historia Antigua preclásica, por cuanto, con la excepción de Presedo, no había en España en aquellos momentos auténticos especialistas en Asiriología o Egiptología.

Durante las décadas de 1960 y 1970 para tratar de solucionar el problema se optó por una doble vía. Por una parte, se procedió a la traducción al castellano de obras extranjeras, sobre todo francesas.⁷ Por otra, se encargó a autores españoles de disciplinas más o menos afines que publicasen síntesis aptas para un público culto y universitario.⁸ Es precisamente dentro de este segundo grupo donde se sitúa el trabajo de Luis Suárez Fernández (Gijón, 1924)⁹ en el que se centra el presente artículo.

² Francisco Beltrán y Francisco Marco, “Historia Antigua”, en Joan Gómez y José Joaquín Caerols (eds.): *Antiqua Tempora. Reflexiones sobre las Ciencias de la Antigüedad en España* (Madrid: Ediciones Clásicas, 1991), 22-47; Fernando Wulff, “La creación de la historia antigua en España en los años sesenta. Un proyecto de investigación”, en Ángeles Alonso (ed.): *Homenaje al profesor Montenegro: estudios de historia antigua* (Valladolid: Universidad de Valladolid, 1999), 185-190; Antonio Duplá, “Un fantasma recorre Oviedo a fines de los 70. Los coloquios de Historia Antigua”, en Rosa María Cid y Estela García (eds.), *Debita verba. Estudios en homenaje al profesor Julio Mangas Manjarrés* (Oviedo: Ediciones de la Universidad de Oviedo, 2013), 155-169.

³ Entre 1957 y 1965 Blázquez fue el encargado de la cátedra de Historia Antigua y adjunto de la de Arqueología en la Universidad de Salamanca.

⁴ En 1970 Vigil ocupó, por traslado, la cátedra de Historia Antigua de la Universidad de Salamanca.

⁵ Fernando Wulff, Ramón López, Antonino González y Elena Ortuño, *La creación de la Historia Antigua en España en los años sesenta del siglo XX. Conversaciones con sus fundadores* (Madrid: Instituto de Historiografía ‘Julio Caro Baroja’ de la Universidad Carlos III, 2016).

⁶ Julio Mangas, “La primera generación de historiadores españoles de Historia Antigua”: en Santos Crespo y Ángeles Alonso (eds.), *Scripta Antiqua in honorem Ángel Montenegro Duque et José María Blázquez Martínez* (Valladolid: Universidad de Valladolid, 2002), 52.

⁷ Véanse, por ejemplo, Paul Garelli, *El Próximo Oriente asiático: desde los orígenes hasta las invasiones de los pueblos del mar* (Barcelona: Labor, 1970); Elena Cassin; Jean Bottéro y Jean Vercoutter, *Los imperios del Próximo Oriente* (Madrid: Siglo XXI, 1970-1971); Paul Garelli y Valentin Nikiprowetzky, *El Próximo Oriente asiático: los imperios mesopotámicos e Israel* (Barcelona: Labor, 1977).

⁸ Véanse, por ejemplo, Antonio Tovar, *Historia del antiguo Oriente* (Barcelona: Montaner y Simón, 1963); Eduard Ripoll, *Prehistoria e historia del Próximo Oriente* (Barcelona: Labor, 1965); Ángel

Las primeras civilizaciones

Suárez es, sin duda, un historiador polifacético. Catedrático de Historia Antigua y Media en las universidades de Valladolid (1955-1973) y Autónoma de Madrid (1973-1989), es especialista en el estudio de la Baja Edad Media castellana.¹⁰ Sin embargo, a lo largo de su carrera se ha ocupado también de temas relacionados con la historia del cine, la historiografía y, sobre todo, la historia del franquismo, entre otros. Un buena muestra del carácter heterogéneo de su producción bibliográfica la encontramos en la publicación, en 1979, de su grueso manual de historia antigua del Próximo Oriente titulado *Las primeras civilizaciones*.¹¹ Se trataba del primer libro de un ambicioso proyecto editorial de la Universidad de Navarra que pretendía, a lo largo de trece volúmenes, ofrecer una síntesis de toda la historia universal. 40 años después de su publicación, nos ha parecido conveniente revisitar la obra de Suárez, situándola dentro del contexto académico del que surgió y poniendo de manifiesto el sesgo ideológico con el que fue escrita.

Las primeras civilizaciones se sitúa dentro del segundo grupo al que aludíamos antes, esto es, el de las síntesis sobre el Próximo Oriente Antiguo escritas por autores especializados en otros períodos históricos. Con todo, sorprende que Suárez acometiese dicha labor, por cuanto no sólo es un historiador que no se dedica específicamente al estudio del Próximo Oriente Antiguo, sino que sus ámbitos de especialización se hallan tan alejados de esa temática que ni tan siquiera pueden considerarse como áreas afines.

Con todo, el propio Suárez, en una entrevista concedida a Ana Zabalza, daba las claves para entender las causas que le llevaron a aceptar el reto de escribir *Las primeras civilizaciones*. Esas claves eran básicamente dos: su desacuerdo con la especialización histórica y su interés por la divulgación del conocimiento. En lo que respecta al primer punto, él mismo se definía como un “hereje” de la especialización, de la excesiva tendencia a segmentar el conocimiento histórico, algo que consideraba muy perjudicial por cuanto impide el desarrollo y la divulgación de una concepción total de la historia, que es la que él defiende. Con sentido del humor, acusaba a aquellos historiadores especializados en culturas o épocas muy concretas de saber “mucho del ojo derecho del insecto, pero nada del izquierdo”, algo que, concluía, termina por falsear la historia.¹² Sin lugar a dudas, el amplio abanico cronológico de sus publicaciones confirma la coherencia entre esos planteamientos y su trayectoria académica.

Montenegro, *El imperio hitita* (Bilbao: Moretón, 1972); Antonio Blanco, *Arte antiguo del Asia Anterior* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1973).

⁹ Para una aproximación a la figura de Luis Suárez véase Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos* (Madrid: Akal, 2002), 602-604.

¹⁰ Para una valoración de la labor de Suárez como medievalista véanse Vicente Ángel Álvarez, “Luis Suárez Fernández”, *Medievalismo*, 2 (1992): 209-217; Julio Valdeón, “Luis Suárez Fernández”, *Revista de historia Jerónimo Zurita*, 73 (1998), 29-40; César Olivera, “Luis Suárez Fernández (1925-): A Contemporary Master of Spanish Medievalism”, en Julia Pavón (ed.), *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century. III, Political Theory and Practice* (Turnhout: Brepols, 2015), 131-149; Alejandro García, “La persistencia del discurso nacionalcatólico sobre el Medioevo peninsular en la historiografía española actual”, *Historiografías*, 12 (2016), 149.

¹¹ Luis Suárez, *Historia Universal, I: Las primeras civilizaciones* (Pamplona: EUNSA, 1979). Con anterioridad, Suárez ya había publicado dos síntesis de Historia Antigua general: Luis Suárez, *Manual de historia universal, II. Edades antigua y media* (Madrid: Espasa-Calpe, 1958); Luis Suárez, *Manual de Historia Universal, II: Edad Antigua* (Madrid: Espasa-Calpe, 1973).

¹² Ana Zabalza, “Conversación en Madrid con Luis Suárez Fernández”, *Anuario de Historia de la Iglesia*, 8 (1999), 323.

Por lo que se refiere a la cuestión de la divulgación histórica, aquí Suárez se mostraba todavía más categórico, al considerar que “lo verdaderamente importante de nuestro trabajo es la divulgación”, por encima de la investigación.¹³ Una divulgación que, en su opinión, no debe limitarse al campo de especialización del historiador. Dentro de su concepción global de la historia, la producción de manuales de síntesis sobre cualquier período o cultura tiene el valor de ofrecer la versión del autor sobre el tema tratado: “un manual es un libro-máquina, que se da a los demás como diciendo: lo que yo sé es esto; a ver si le sirve de algo”.¹⁴ Y exactamente eso es lo que hizo en *Las primeras civilizaciones*.

Lo cierto es que Suárez, en dicha entrevista, afirmaba sentirse muy orgulloso de aquel libro,¹⁵ un trabajo que uno de sus principales discípulos ha llegado a definir como una espléndida obra de síntesis.¹⁶ Incluso se llegaron a publicar algunas reseñas muy elogiosas, como la de José María Casciaro,¹⁷ quien destacaba la gran calidad del trabajo de Suárez (“El presente libro ofrece una excelente visión y una exposición, bien ordenada y fundamentada, de esa fase primera y muy extensa de la Historia antigua de la humanidad”), hasta el punto de considerarlo superior a otros manuales escritos, esos sí, por verdaderos orientistas, como los que citábamos en la nota 7 del presente artículo (“no conozco, en lengua española, otra aportación sintética mejor que la presente”). Finalmente, Casciaro celebraba las virtudes católicas del libro de Suárez, que consideraba escrito con “un hondo y certero sentido cristiano del mundo y del hombre”.

Nuestro objetivo no es el de rebatir con detenimiento opiniones tan generosas sobre *Las primeras civilizaciones*. Sin embargo, sí nos parece necesario aquí plantear un balance más equilibrado del libro. Ciertamente, el conocimiento histórico global que defiende Suárez posee indudables ventajas que quedan bien plasmadas a lo largo del trabajo, donde el autor presentaba continuos paralelismos entre la historia del Próximo Oriente Antiguo y otros períodos y culturas, tratando de ofrecer lo que podríamos denominar una historia universal de larga duración, formulada a partir de la identificación de continuidades estructurales, culturales y religiosas. Sin embargo, el libro contenía numerosísimos errores e inexactitudes, que se explican precisamente por la poca familiaridad del autor con la temática que glosaba y que limitan decisivamente su utilidad como manual universitario u obra de divulgación histórica rigurosa.

Las líneas que siguen no pretenden ser un catálogo exhaustivo y tedioso de los muchos errores a los que nos referíamos. Se trata únicamente de una muestra que, creemos, sirve para matizar los elogios vertidos sobre la obra por su propio autor, sus discípulos y revisores de la época y que pone de relieve la dificultad que comporta tratar de elaborar trabajos de síntesis sobre temáticas ajenas a las propias.

Así, por ejemplo, Suárez apuntaba que Uruk y Jemdet Nasr eran dos maneras distintas de referirse a un mismo periodo,¹⁸ cuando en realidad se trata de dos períodos

¹³ A. Zabalza, “Conversación”, 331.

¹⁴ *Ibid.*, 332.

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ Julio Valdeón, “Luis Suárez Fernández”, 38.

¹⁷ José María Casciaro, “Reseña de L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*”, *Scripta Theologica*, 12 (1980/1981), 255-257.

¹⁸ L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*, 70.

sucesivos. Más adelante afirmaba que Sargón de Akkad fue el primer monarca en esgrimir el título de “rey de las cuatro regiones”,¹⁹ el título imperial por excelencia en Mesopotamia. La realidad es que Sargón jamás utilizó dicho título. El primero en hacerlo fue su nieto Naram-Sin. También señalaba que Sargón II acometió durante su reinado la construcción de dos capitales asirias: Khorsabad y Dur-Šarrukin.²⁰ Sin embargo, Sargón II tan solo promovió la construcción de una nueva ciudad a la que denominó, efectivamente, Dur-Šarrukin (“La fortaleza de Sargón”). Por el contrario, Khorsabad no es una ciudad asiria distinta, como suponía Suárez, sino el nombre moderno de Dur-Šarrukin.

Errores de bulto como esos venían acompañados por un auténtico galimatías en la transcripción de palabras y expresiones acadias y hebreas (*del pahati / belpikhati* por *bel pihati*; *kazannu* por *hazannu*; *erem* por *herem*, etc.). Seguramente, en una obra de este tipo no hacía falta informar al lector de la nomenclatura original, siendo suficiente, por ejemplo, con hablar de “gobernador provincial”, sin la necesidad de aludir al título acadio original de *bel pihati*. Pero, está claro que, si el autor optó por reproducir la nomenclatura original, debería haberlo hecho de forma más rigurosa.

En un momento dado incluso lanzaba una crítica contra los biblistas por considerar que sistemáticamente se equivocan al traducir el término hebreo שופטים como “jueces”, cuando en su opinión la traducción correcta sería la de “caudillos”.²¹ Dejando a un lado la ironía que supone que un admirador declarado de Franco como Suárez proponga precisamente esa particular traducción, conviene notar que el término שופט proviene etimológicamente de la raíz semítica /t-p-t/, cuyo significado es “juzgar, dictaminar”, por lo que la objeción planteada por Suárez estaba fuera de lugar.

En cualquier caso, si bien consideramos que *Las primeras civilizaciones* posee un valor académico muy limitado como obra de divulgación o síntesis de historia del Próximo Oriente Antiguo, sí nos parece que tiene un doble valor historiográfico. Por una parte, sirve como testimonio directo del subdesarrollo de la Orientalística Antigua española en aquellos momentos, subdesarrollo que en las décadas de 1960-1970 obligó a las editoriales a encargar las obras de síntesis sobre la materia a lingüistas (Antonio Tovar), prehistoriadores (Eduard Ripoll), clasicistas (Ángel Montenegro) o medievalistas (Luis Suárez). Por otra, posee el valor de ilustrar hasta qué punto la ideología política de Suárez determinó su versión de la historia sintetizada en *Las primeras civilizaciones*. Es a este segundo elemento al que dedicamos el siguiente apartado de nuestro estudio.

Una versión nacionalcatólica de la historia antigua del Próximo Oriente

En diversas ocasiones, Suárez ha puesto en valor la importancia de que el historiador actúe movido por un afán riguroso de objetividad a partir del análisis estricto de los documentos.²² Sin embargo, esa reivindicación de la objetividad contrasta con su propia práctica historiográfica. Prueba de ello es la enorme polémica que generó su entrada dedicada a Franco en el *Diccionario biográfico español de la Real Academia de*

¹⁹ L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*, 114.

²⁰ *Ibid.*, 288.

²¹ *Ibid.*, 226.

²² J. Valdeón, “Luis Suárez Fernández”, 33.

la *Historia*, una entrada con evidentes tintes hagiográficos y que hubo de ser corregida en la versión on-line de la obra.²³

Lo cierto es que la figura de Suárez está muy connotada políticamente a partir de su identificación explícita con la ideología nacionalcatólica, con una visión del orden político y social antiliberal y autoritaria,²⁴ la creencia en la existencia de un espíritu nacional español imperturbable en el tiempo y una cosmovisión católica reaccionaria del mundo. Miembro del *Opus Dei*, director general de Universidades e Investigación a finales del franquismo (1972-1974) y presidente de la Hermandad del Valle de los Caídos, Suárez todavía hoy se significa públicamente como un admirador de la dictadura franquista.²⁵

Más allá de su biografía, lo que nos interesa destacar a continuación es la interpretación nacionalcatólica de la historia antigua del Próximo Oriente que planteó en *Las primeras civilizaciones*, a pesar de que la evidente lejanía que la temática de la obra tiene respecto a la historia de España no hacía prever a priori la posibilidad de encontrar aquí ese sesgo ideológico. La interpretación nacionalcatólica de Suárez que analizaremos a continuación se manifiesta a partir de tres elementos básicos: (1) el valor supremo de la unidad política frente a los supuestos peligros asociados a la disgregación territorial, (2) el antimarxismo y (3) la religión católica, entendida como destino histórico universal e inevitable.

Por lo que se refiere al primer punto, lo cierto es que, a grandes rasgos, Suárez consideraba la unidad política como un principio fundamental e irrenunciable, y lo identificaba con conceptos como masculinidad, militarismo, vocación imperial, bienestar social y prosperidad económica. Por el contrario, asociaba la disgregación territorial con todo tipo de catástrofes, hambrunas, revueltas, crisis económicas, debilidad frente a las amenazas internas y externas, etc. Así, por lo que se refiere a la historia del Egipto faraónico, destacaba de forma muy explícita los efectos negativos que produjo la fragmentación del estado durante los tres períodos intermedios que vivió el país del Nilo. De esta forma, señalaba que la desaparición del poder central al término del Reino Antiguo provocó luchas interminables y “períodos de hambre espantosa”.²⁶ De manera similar, en su análisis de la acción política de la XXII dinastía, lamentaba que los faraones hubiesen sido incapaces de poner fin a las tendencias disgregadoras que azotaban al país, no pudiendo, por lo tanto, revivir la pasada grandeza del extinto Imperio Nuevo.²⁷

Por lo que se refiere a la historia de Mesopotamia y, más concretamente, a la desaparición del imperio acadio, vinculaba la recuperación de la independencia política por parte de las ciudades sumerias durante el reinado de Šar-kali-šarri con el

²³ La literatura generada por dicha polémica ha sido enorme. Véase, por ejemplo, Ángel Viñas, “Presentación”, en Ángel Viñas (ed.), *En el combate por la historia: la República, la guerra civil, el franquismo* (Barcelona: Pasado & Presente, 2012), 13-25.

²⁴ Sobre esta cuestión véase su alegato contra la democracia publicado en Luis Suárez, “Esperanza en el futuro”, *Altar Mayor*, 132 (2010), 71-76.

²⁵ En una entrevista en *El Mundo* (06/11/2015) afirmaba que con el tiempo ha crecido su admiración por la figura del dictador.

²⁶ L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*, 125.

²⁷ *Ibid.*, 238.

advenimiento de “un desastre económico”,²⁸ insistiendo de nuevo en asociar los conceptos de disgregación política y crisis material.

Asimismo, aprovechaba el advenimiento de la Tercera Dinastía de Ur para insistir en esos planteamientos, pero ahora en términos positivos. Si la desaparición del imperio acadio y la subsiguiente independencia política de las ciudades sumerias constituyeron, para Suárez, una catástrofe económica, la Tercera Dinastía de Ur recibía su total aprobación por su capacidad de revertir aquella situación. En este sentido, celebraba la habilidad de los reyes de Ur para instaurar un “régimen absolutista”, capaz de proporcionar “paz y orden”, de asegurar el progreso económico, mejorar la situación social de la mujer y terminar con las disputas étnicas entre sumerios y acadios.²⁹ Queda claro, por tanto, que en opinión de Suárez un poder fuerte, centralizado y autoritario resulta beneficioso por cuanto conlleva mejoras económicas y sociales, al tiempo que cohesiona las identidades nacionales.

Suárez valoraba muy positivamente la figura de Hammurabi de Babilonia, del que destacaba, sobre todo, su labor como legislador. En este sentido, y de forma muy significativa desde el punto de vista ideológico, Suárez aplaudía el uso generalizado de la pena de muerte que se hace en el Código de Hammurabi, por considerar que la pena capital es un recurso adecuado para garantizar la paz y el orden social: “es preciso tener en cuenta que en una sociedad primitiva, en la que el bandidaje debió de ser casi profesión ordinaria para muchos hombres, sólo la dureza de los castigos podía parecer previsión suficiente”.³⁰

Ya estamos en disposición de advertir en el texto de Suárez la existencia de una evidente tendencia a la simplificación a la hora de abordar la evolución de las dinámicas históricas de la región, donde crisis y prosperidad parecen depender únicamente de la capacidad de los reyes de turno para mantener o no la unidad política de sus reinos. Un ejemplo evidente lo encontramos otra vez en su análisis acerca del declive y desaparición del reino hurrita de Mittani durante el siglo XIV a.n.e. ¿Las causas? “Había perdido su unidad”.³¹ Como vemos, sistemáticamente renunciaba a poner en valor otros factores (económicos, sociales, políticos, climáticos o demográficos) que fueran más allá del recurso constante a la existencia o no de una unidad política percibida como única fuente posible de bienestar.

Las bondades de la unidad eran reivindicadas con nuevos argumentos a la hora de analizar los reiterados intentos de dominación de Asiria sobre Babilonia. Desde su punto de vista, dicha dominación era deseable y mutuamente beneficiosa, por cuanto de esa forma Asiria podía nutrirse del superior desarrollo político y espiritual babilónico, promoviendo una homogeneización cultural entre la Alta y la Baja Mesopotamia. Por su parte, Babilonia no debía lamentar el sometimiento y la pérdida de su independencia política, por cuanto Asiria le “aportaba (...) la protección de sus ejércitos contra los nómadas”.³²

²⁸ L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*, 125.

²⁹ *Ibid.*, 128.

³⁰ *Ibid.*, 139.

³¹ *Ibid.*, 187.

³² *Ibid.*, 205.

Por su parte, los arameos pudieron celebrar algunos éxitos durante la primera mitad del primer milenio a.n.e., como el hecho de que su lengua se convirtiese en vehículo de comunicación internacional, pero Suárez consideraba que nunca fueron capaces de desarrollar su verdadero potencial político como pueblo. Las causas vuelven a ser las de siempre: “jamás estuvieron en condiciones de superar la división ni de convertirse en imperio”.³³ Un caso parecido al del antiguo Israel, cuya trayectoria histórica estuvo decididamente condicionada por su tendencia a la disgregación: “un fantasma que pesaba sobre Israel desde el primer momento, el de su división”.³⁴

En el polo opuesto situaba al imperio neasirio, del que alababa su carácter autoritario, su diseño de un liderazgo unitario incontestado y su capacidad de subordinar las estructuras provinciales al centro de poder asirio,³⁵ aplaudiendo así la apuesta por un régimen férreamente centralista. Más allá de esa superestructura política, valoraba especialmente la mentalidad masculina, guerrera y militarista del pueblo asirio, imprescindible para garantizar el éxito de su vocación imperial. Con todo, señalaba, los asirios cometieron el error de desnaturalizar las virtudes de su ejército nacional mediante el empleo masivo de mercenarios “sin patriotismo”,³⁶ una de las causas principales que esgrimía para explicar la rápida desaparición de la civilización asiria a finales del siglo VII a.n.e.

Llegados a este punto, podemos sintetizar las propuestas de Suárez sobre la cuestión a partir de algunos elementos clave muy sencillos. En su opinión las entidades políticas del Próximo Oriente Antiguo alcanzaron el éxito cuando fueron capaces de dotarse de un gobierno centralizado, autoritario y militarizado, garante de la unidad territorial y la homogeneidad social y cultural frente a las tendencias disgregadoras. Solo de esa forma podía lograrse la paz social, la prosperidad económica y la posibilidad de acometer una expansión imperial. Es fácil ver en estos planteamientos una trasposición al Próximo Oriente Antiguo de algunos elementos propios de la definición de la idea de España tradicionalmente defendida desde los sectores más radicales de la derecha política: la necesidad de defender la unidad de la patria frente al enemigo interno (los nacionalismos periféricos), mediante la acción de un poder político centralista y autoritario que actúe como fuerza unificadora de la nación, como antídoto frente al desorden social y como garante de una uniformidad cultural e ideológica cuestionada por la anti-España.³⁷

Ciertamente, en un trabajo como *Las primeras civilizaciones* las referencias a la idea de España en principio sólo podían ser indirectas, a partir de planteamientos como los que acabamos de exponer. Con todo, resulta muy significativo un párrafo del trabajo en el que Suárez resumía cuáles habían sido en su opinión las principales aportaciones del pueblo fenicio a la historia de la humanidad: la invención del alfabeto y el descubrimiento de España.³⁸ Esa afirmación, más allá de su simplismo y de su escaso rigor, resulta significativa también por la elección de las palabras. El hecho de que Suárez hable de España y no de, por ejemplo, la Península Ibérica, es un indicador de su

³³ *Ibid.*, 228.

³⁴ *Ibid.*, 232.

³⁵ *Ibid.*, 300.

³⁶ *Ibid.*, 346.

³⁷ Xosé M. Núñez, *Suspiros de España. El nacionalismo español, 1808-2018* (Barcelona: Crítica, 2018), 45ss.

³⁸ L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*, 276.

concepto esencialista de la nación española, cuyo origen retrotrae hasta la protohistoria, siguiendo una estela que se remonta hasta el siglo XVI y que culmina con la *Historia general de España* de Modesto Lafuente.³⁹

Además de los nacionalismos periféricos, el otro gran enemigo interno de la España nacionalcatólica es el marxismo, el cual también aparece bien representado en *Las primeras civilizaciones*. El conocido antimarxismo de Suárez no le impidió recurrir al empleo de terminología surgida del ámbito teórico del materialismo histórico, haciendo un uso frecuente de conceptos como “revolución neolítica” o “revolución urbana”, enunciados por Vere Gordon Childe.⁴⁰ Con todo, si bien aceptaba esa nomenclatura, realizó una propuesta propia respecto al significado de la misma. Así, por ejemplo, consideraba que la revolución neolítica tal y como la entienden los marxistas es “artificial” pues únicamente tiene en cuenta los cambios en las relaciones de producción.⁴¹ En su lugar, Suárez consideraba que el elemento clave que determina la existencia de la revolución neolítica no tiene que ver tanto con la producción como con la aparición de una nueva “formulación de la autoridad como una dependencia de la divinidad”.⁴² De esa forma, Suárez resignificaba la terminología marxista de Childe, poniendo el énfasis en la aparición de nuevas formas de poder político-religioso, por encima de los cambios socioeconómicos.

Sobre esta cuestión resulta interesante un apunte final de Suárez acerca de la figura de Childe, al que calificaba como un autor “marxista moderado”.⁴³ Se trata de un apunte escueto realizado en un apartado bibliográfico, sin desarrollo ulterior. De ahí que no quede claro su significado ni la intención del mismo. Tal vez se trataba de una disculpa preventiva de Suárez por el hecho de usar las obras y los conceptos de Childe, o tal vez fuese una apreciación personal basada, eso sí, en un conocimiento superficial de la figura de Childe, un arqueólogo homosexual, con un evidente compromiso con el marxismo, que tuvo estrechas relaciones con la Unión Soviética, próximo a movimientos sindicales y que publicó algunos trabajos contra Hitler y el nazismo.⁴⁴ Una última posibilidad, difícil de verificar, es que Suárez tuviese conocimiento de las opiniones de algunos autores anglosajones que defendían que al final de su vida Childe se alejó del marxismo, tras llegar al convencimiento de que el mismo no servía para explicar adecuadamente los procesos culturales.⁴⁵ Sin embargo, análisis posteriores⁴⁶ han demostrado que el supuesto abandono del marxismo por parte de Childe no se produjo nunca, tal y como se aprecia en algunos de sus trabajos póstumos, donde

³⁹ Fernando Wulff, *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española* (Barcelona: Crítica, 2003), 109; José Álvarez y Gregorio De la Fuente, *El relato Nacional. Historia de la historia de España* (Madrid: Taurus, 2017), 269.

⁴⁰ L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*, 15 y 77.

⁴¹ *Ibid.*, 62.

⁴² *Idem.*

⁴³ *Ibid.*, 116.

⁴⁴ Sobre la biografía de Childe véanse, entre otros, Bruce G. Trigger, *Gordon Childe. Revolutions in Archaeology* (Londres: Thames and Hudson, 1980); Sally Green, *Prehistorian: A Biography of V. Gordon Childe* (Wiltshire: Moonraker Press, 1981); David R. Harris (ed.), *The Archaeology of V. Gordon Childe* (Londres: UCL Press, 1994).

⁴⁵ Glynn Daniel, “Editorial”, *Antiquity*, 32 (1958), 66-67; Grahame Clark, “Prehistory since Childe”, *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 13 (1976), 1-21.

⁴⁶ Vicente Lull, “En l’estela de V. Gordon Childe (1892-1957)”, *Cota Zero*, 22 (2007), 22-31.

reivindicaba explícitamente la aplicación de ese marco teórico en los estudios arqueológicos.⁴⁷

Suárez retomaba sus críticas al marxismo al exponer la hipótesis del asiriólogo danés Thorkild Jacobsen acerca de las formas de gobierno tradicionales en las ciudades sumerias, antes de la aparición de la escritura.⁴⁸ Así, en uno de sus trabajos más famosos, Jacobsen defendía la existencia en la Baja Mesopotamia de lo que él denominaba “democracia primitiva”, un sistema basado en la existencia de órganos colegiados de gobierno (consejos de ancianos, asambleas) encargados de la toma de decisiones en el seno de las comunidades locales. A pesar de todo, Jacobsen reconocía que se trataba todavía de una democracia muy imperfecta, con estructuras de poder imprecisas y con mecanismos de coordinación social poco desarrollados.⁴⁹ Actualmente, la crítica asiriológica se decanta mayoritariamente por rechazar la propuesta de Jacobsen, por cuanto todas las evidencias esgrimidas por el autor danés se basaban en textos literarios, en ocasión miles de años posteriores a la época a la que supuestamente se referían.⁵⁰ El propio Suárez en *Las primeras civilizaciones* optaba también por descartarla. En su lugar celebraba que las ciudades sumerias, desde los comienzos de la historia escrita, se hubiesen dotado de lo que él definía como una monarquía autoritaria de tipo teocrático: “la autoridad monárquica es un bien; ha sido dada por la divinidad a los hombres y en ella reside su fundamento”.⁵¹

Sin embargo, lo interesante no es que Suárez descartase una propuesta que ya hemos dicho que no ha suscitado consenso en el ámbito asiriológico. Lo que conviene remarcar son los motivos que según él llevaron a Jacobsen a proponer la idea de la democracia primitiva sumeria. Nuestro autor resuelve la cuestión de forma categórica y escueta: Jacobsen era un autor marxista.⁵² Desconocemos qué datos manejaba para sustentar dicha afirmación. Nos atrevemos a sugerir que ninguno. Seguramente, fue la mera propuesta acerca de la existencia de una forma sumeria de gobierno alternativa a la monarquía teocrática y autoritaria la que le llevó a considerar que la misma solo podía surgir de un autor de ideología marxista. Sin embargo, la realidad es muy distinta. A pesar de su origen danés, Jacobsen desarrolló toda su carrera en el Oriental Institute de la Universidad de Chicago y en la Universidad de Harvard,⁵³ dos instituciones que poco tenían que ver con el marxismo. Además, como ha señalado Mario Liverani, la propuesta de Jacobsen acerca de la democracia primitiva sumeria precisamente fue un intento teórico de ofrecer una alternativa al empleo del concepto marxista de “comunismo primitivo” que proponía la Asiriología soviética para definir las formas de

⁴⁷ Vere Gordon Childe, “Retrospect”, *Antiquity*, 32 (1958), 69-74; Vere Gordon Childe, “Valediction”, *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 1 (1958), 1-8; Vere Gordon Childe, “Prehistory and Marxism”, *Antiquity*, 54 (1979), 93-95.

⁴⁸ L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*, 72.

⁴⁹ Thorkild Jacobsen, “Primitive Democracy in Ancient Mesopotamia”, *Journal of Near Eastern Studies*, 2 (1943), 159-172.

⁵⁰ Dina Katz, “Gilgamesh and Akka: Was Uruk Ruled by Two Assemblies?”, *Revue d'Assyriologie*, 81 (1987), 105-114; Giovanni Pettinato, “Il bicameralismo a Sumer: un topos letterario assunto a realtà storica”, *Rendiconti dell'Accademia Nazionale dei Lincei*, 5 (1994), 47-85; Bárbara Solans, *Poderes colectivos en la Siria del Bronce Final* (Barcelona: Universitat de Barcelona, 2014), 29ss.

⁵¹ L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*, 86.

⁵² *Ibid.*, 84.

⁵³ Para una aproximación a la figura de Jacobsen véase, por ejemplo, Tzvi Abusch, “Thorkild Jacobsen: An Appreciation”, en Tzvi Abusch (ed.), *Riches Hidden in Secret Places. Ancient Near Eastern Studies in Memory of Thorkild Jacobsen* (Winona Lake: Eisenbrauns, 2002), xix-xxiii.

gobierno propias de las comunidades prehistóricas.⁵⁴ De esta manera, Jacobsen no solo no fue un autor marxista, como pretendía Suárez, sino que trabajó para, desde la Asiriología, ofrecer argumentos teóricos alternativos a los surgidos desde la interpretación marxista de la historia más antigua de Mesopotamia. Suárez estaba persiguiendo fantasmas rojos.

Como apuntábamos al principio de este apartado, el último concepto sobre el que Suárez sustentaba su visión nacionalcatólica del Próximo Oriente Antiguo era la religión. En un ejercicio de honestidad intelectual, dedicaba un apartado preliminar del libro a reconocer que su intención en *Las primeras civilizaciones* era la de explicar la historia de la región desde un punto de vista cristiano,⁵⁵ lo que no deja de ser paradójico teniendo en cuenta que el libro abarca un período de tiempo anterior a la aparición del cristianismo. La paradoja tiene una fácil explicación a partir de una premisa irrenunciable de Suárez, según la cual las primeras civilizaciones del Próximo Oriente fueron una suerte de prólogo histórico necesario que conducía inexorablemente al conocimiento de la “verdadera fe”.⁵⁶

Teniendo en cuenta esta premisa, era de prever que dedicase especial atención a la historia del pueblo de Israel, ya que fue allí donde se generó la Biblia y donde se anunciaba la llegada del mesías. Suárez defendía que el cristianismo es la culminación de la experiencia histórica humana, el lugar en el que convergen las dos tradiciones (griega y hebrea) que configuran el acervo cultural europeo, donde se unen “la chispa del espíritu, con la razón, la voluntad y el sentimiento”. Asimismo, advertía que el cuestionamiento moderno del cristianismo por parte de las ideologías materialistas no solo era históricamente erróneo sino que además podía provocar “algunas terribles consecuencias”.⁵⁷

Partiendo de posiciones católicas fundamentalistas, Suárez, a pesar de no tener formación como biblista, descartaba o se mostraba escéptico frente a los planteamientos exegéticos surgidos del ámbito protestante, especialmente los formulados por Julius Wellhausen y la escuela histórico-crítica, percibidos como peligrosamente racionalistas.⁵⁸ En su lugar optaba por atrincherarse en una exégesis bíblica reaccionaria y ultraconservadora, propia del catolicismo de finales del XIX y principios del XX y personificada por los jesuitas Alphonse Delattre (1841-1928) y Leopold Fonck (1865-1930), frente al aperturismo que representaba el dominico Marie-Joseph Lagrange (1855-1938).⁵⁹ En este sentido, Suárez defendía a ultranza la inerrancia del texto sagrado, tal y como lo demuestra su aceptación de la literalidad histórica de episodios bíblicos de carácter mitológico como el Diluvio. Así, no únicamente sostenía que el Diluvio Universal había tenido lugar,⁶⁰ sino que afirmaba que las excavaciones arqueológicas en el Próximo Oriente habían aportado pruebas materiales que

⁵⁴ Mario Liverani, *Imaginar Babel. Dos siglos de estudios sobre la ciudad oriental antigua* (Barcelona: Bellaterra, 2014), 159s.

⁵⁵ L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*, 51ss.

⁵⁶ *Ibid.*, 20.

⁵⁷ *Ibid.*, 27.

⁵⁸ *Ibid.*, 222s.

⁵⁹ Sobre la dura polémica exegética que enfrentó a Lagrange con Delattre y Fonck véase, entre otros, Bernard Montagnes, *Marie-Joseph Lagrange. Una biografía crítica* (Salamanca: San Esteban, 2010), 161ss.

⁶⁰ L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*, 68.

confirmaban la veracidad de aquella catástrofe.⁶¹ La realidad, sin embargo, era muy distinta, por cuanto las excavaciones en yacimientos mesopotámicos como Uruk, Kiš, Šuruppak, Lagaš o Nínive no mostraban evidencias de nada parecido a un diluvio, sino diferentes niveles locales de inundación que ni tan siquiera coincidían en el tiempo y que eran el resultado de distintos desbordamientos del Tigris y el Éufrates en la antigüedad.⁶² Su defensa de la historicidad de episodios como el Diluvio o los milagros del profeta Elías en su pugna con los sacerdotes de Baal⁶³ evidenciaba la interpretación católica fundamentalista desplegada por Suárez en los apartados bíblicos de *Las primeras civilizaciones*, con una evidente incapacidad de distinguir entre dogma e historia.

El repaso llevado a cabo hasta aquí creemos que demuestra de forma suficiente que el texto de *Las primeras civilizaciones*, a pesar de su temática, se halla profundamente determinado por la ideología nacionalcatólica de su autor. Solo desde ese nacionalcatolicismo puede entenderse, no únicamente la aplicación de una perspectiva católica ultraconservadora a la hora de interpretar la historia de la región, sino también la insistencia en abordar cuestiones como la unidad política, las bondades de los liderazgos autoritarios y del militarismo, la denuncia de los peligros asociados al separatismo y la condena a la aplicación de perspectivas teóricas marxistas en el estudio del pasado próximoriental.

Consideraciones finales

Terminamos el artículo retomando una idea apuntada al principio: que hace 40 años un especialista en la Baja Edad Media y el Franquismo publicase una síntesis sobre historia antigua del Próximo Oriente se explica como consecuencia directa del subdesarrollo que sufría la Orientalística Antigua en España. Como apuntaba Josep Cervelló recientemente, son razones de tipo histórico-cultural y académico las que explican que, a diferencia de lo que sucedió en los países de Europa occidental y Estados Unidos, en España no se instaurasen esos estudios.⁶⁴ Por una parte, la ausencia de intereses coloniales en el Próximo Oriente dejó a España al margen del redescubrimiento arqueológico de las antiguas civilizaciones de la región, protagonizado sobre todo por Francia e Inglaterra durante el siglo XIX. Fue precisamente en aquellos países, y a la estela de la arqueología, donde surgieron las disciplinas de la Asiriología y la Egiptología. Por otra parte, la tradicional prevención del mundo universitario español hacia la investigación de todo aquello que no guardase relación, más o menos directa, con la realidad del país, mantuvo a la Orientalística Antigua alejada de las aulas universitarias durante mucho tiempo.⁶⁵

Es cierto que, muy lentamente, aquella situación se fue corrigiendo. En la década de 1970 ya había algunos autores españoles con una muy buena formación orientalística, que hubiesen podido publicar una síntesis sobre la historia antigua del Próximo Oriente

⁶¹ *Ibid.*, 80.

⁶² Jack P. Lewis, "Flood", en *Anchor Bible Dictionary*, vol. 2. (New York: Doubleday, 1992), 798.

⁶³ L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*, 274.

⁶⁴ Josep Cervelló, *Escrituras, lenguas y cultura en el Antiguo Egipto* (Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 2015), 16s.

⁶⁵ Ciertamente, existieron algunos intentos pioneros de crear cátedras universitarias de Asiriología y Egiptología. Sin embargo, dichos intentos no llegaron a concretarse. Véase Miguel Ángel Molinero, "La creación frustrada de cátedras de lenguas orientales (egipcio antiguo, asirio y chino) en la Universidad Central", *Gerión*, 29 (2011), 15-33.

mucho más rigurosa que *Las primeras civilizaciones* de Luis Suárez. Sin embargo, muchos de ellos eran en aquellos momentos investigadores jóvenes, centrados en el desarrollo de proyectos arqueológicos o filológicos muy específicos⁶⁶ y lejos, por tanto, de la elaboración de unas síntesis y manuales que solían encargarse a catedráticos consolidados y bien relacionados con las editoriales. En definitiva, y más allá del sesgo ideológico que aquí hemos analizado, *Las primeras civilizaciones* debe permanecer como un valioso y significativo testimonio historiográfico de las enormes dificultades que experimentó la Orientalística Antigua para lograr su pleno desarrollo y consolidación como disciplina académica en España a lo largo del siglo XX.

Bibliografía

Abusch, Tzvi, “Thorkild Jacobsen: An Appreciation”, en Tzvi Abusch (ed.), *Riches Hidden in Secret Places. Ancient Near Eastern Studies in Memory of Thorkild Jacobsen* (Winona Lake: Eisenbrauns, 2002).

Álvarez, Vicente Ángel, “Luis Suárez Fernández”, *Medievalismo*, 2 (1992): 209-217.

Álvarez, José y De la Fuente, Gregorio, *El relato Nacional. Historia de la historia de España* (Madrid: Taurus, 2017).

Beltrán, Francisco y Marco, Francisco, “Historia Antigua”, en Joan Gómez y José Joaquín Caerols (eds.): *Antiqua Tempora. Reflexiones sobre las Ciencias de la Antigüedad en España* (Madrid: Ediciones Clásicas, 1991).

Blanco, Antonio, *Arte antiguo del Asia Anterior* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 1973).

Casciaro, José María, “Recensión de L. Suárez, *Las primeras civilizaciones*”, *Scripta Theologica*, 12 (1980/1981): 255-257.

Cassin, Elena; Bottéro, Jean y Vercoutter, Jean, *Los imperios del Antiguo Oriente* (Madrid: Siglo XXI, 1970-1971).

Cervelló, Josep, *Escrituras, lenguas y cultura en el Antiguo Egipto* (Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 2015).

Childe, Gordon, “Retrospect”, *Antiquity*, 32 (1958): 69-74.

Childe, Gordon, “Valediction”, *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 1 (1958): 1-8.

Childe, Gordon, “Prehistory and Marxism”, *Antiquity*, 54 (1979): 93-95.

Clark, Grahame, “Prehistory since Childe”, *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 13 (1976): 1-21.

Daniel, Glynn, “Editorial”, *Antiquity*, 32 (1958): 66-67.

⁶⁶ Jordi Vidal, *Diccionario biográfico del Orientalismo Antigo en España* (A Coruña: Universidade da Coruña, 2013).

Duplá, Antonio, “Un fantasma recorre Oviedo a fines de los 70. Los coloquios de Historia Antigua”, en Rosa María Cid y Estela García (eds.), *Debita verba. Estudios en homenaje al profesor Julio Mangas Manjarrés* (Oviedo: Ediciones de la Universidad de Oviedo, 2013): 155-169.

García, Alejandro, “La persistencia del discurso nacionalcatólico sobre el Medievo peninsular en la historiografía española actual”, *Historiografías*, 12 (2016): 132-153.

Garelli, Paul, *El Próximo Oriente asiático: desde los orígenes hasta las invasiones de los pueblos del mar* (Barcelona: Labor, 1970).

Garelli, Paul y Nikiprowetzky, Valentin, *El Próximo Oriente asiático: los imperios mesopotámicos e Israel* (Barcelona: Labor, 1977).

Green, Sally, *Prehistorian: A Biography of V. Gordon Childe* (Wiltshire: Moonraker Press, 1981).

Harris, David R., (ed.), *The Archaeology of V. Gordon Childe* (Londres: UCL Press, 1994).

Jacobsen, Thorkild, “Primitive Democracy in Ancient Mesopotamia”, *Journal of Near Eastern Studies*, 2 (1943): 159-172.

Katz, Dina, “Gilgamesh and Akka: Was Uruk Ruled by Two Assemblies?”, *Revue d'Assyriologie*, 81 (1987): 105-114.

Lewis, Jack P., “Flood”, en *Anchor Bible Dictionary*, vol. 2. (New York: Doubleday, 1992): 798.

Liverani, Mario, *Imaginar Babel. Dos siglos de estudios sobre la ciudad oriental antigua* (Barcelona: Bellaterra, 2014).

Lull, Vicente, “En l'estela de V. Gordon Childe (1892-1957)”, *Cota Zero*, 22 (2007): 22-31.

Mangas, Julio, “La primera generación de historiadores españoles de Historia Antigua”: en Santos Crespo y Ángeles Alonso (eds.), *Scripta Antiqua in honorem Ángel Montenegro Duque et José María Blázquez Martínez* (Valladolid: Universidad de Valladolid, 2002): 49-53.

Molinero, Miguel Ángel, “La creación frustrada de cátedras de lenguas orientales (egipcio antiguo, asirio y chino) en la Universidad Central”, *Gerión*, 29 (2011): 15-33.

Montagnes, Bernard, *Marie-Joseph Lagrange. Una biografía crítica* (Salamanca: San Esteban, 2010).

Montenegro, Ángel, *El imperio hitita* (Bilbao: Moretón, 1972).

Núñez, Xosé M. *Suspiros de España. El nacionalismo español, 1808-2018* (Barcelona: Crítica, 2018).

Olivera, César, “Luis Suárez Fernández (1925-): A Contemporary Master of Spanish Medievalism”, en Julia Pavón (ed.), *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century. III, Political Theory and Practice* (Turnhout: Brepols, 2015): 131-149.

Pasamar, Gonzalo y Peiró, Ignacio, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos* (Madrid: Akal, 2002).

Pettinato, Giovanni, “Il bicameralismo a Sumer: un topos letterario assunto a realtà storica”, *Rendiconti dell’Accademia Nazionale dei Lincei*, 5 (1994): 47-85.

Ripoll, Eduard, *Prehistoria e historia del Pròximo Oriente* (Barcelona: Labor, 1965).

Solans, Bárbara, *Poderes colectivos en la Siria del Bronce Final* (Barcelona: Universitat de Barcelona, 2014).

Suárez, Luis, *Manual de historia universal, II. Edades antigua y media* (Madrid: Espasa-Calpe, 1958).

Suárez, Luis, *Manual de Historia Universal, II: Edad Antigua* (Madrid: Espasa-Calpe, 1973).

Suárez, Luis, *Historia Universal, I: Las primeras civilizaciones* (Pamplona: EUNSA, 1979).

Suárez, Luis, “Esperanza en el futuro”, *Altar Mayor*, 132 (2010): 71-76.

Tovar, Antonio, *Historia del antiguo Oriente* (Barcelona: Montaner y Simón, 1963).

Trigger, Bruce G., *Gordon Childe. Revolutions in Archaeology* (Londres: Thames and Hudson, 1980).

Valdeón, Julio, “Luis Suárez Fernández”, *Revista de historia Jerónimo Zurita*, 73 (1998): 29-40.

Vidal, Jordi, *Diccionario biográfico del Orientalismo Antiguo en España* (A Coruña: Universidade da Coruña, 2013).

Viñas, Ángel, “Presentación”, en Ángel Viñas (ed.), *En el combate por la historia: la República, la guerra civil, el franquismo* (Barcelona: Pasado & Presente, 2012): 13-25.

Wulff, Fernando, “La creación de la historia antigua en España en los años sesenta. Un proyecto de investigación”, en Ángeles Alonso (ed.): *Homenaje al profesor Montenegro: estudios de historia antigua* (Valladolid: Universidad de Valladolid, 1999): 185-190.

Wulff, Fernando, *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española* (Barcelona: Crítica, 2003).

Wulff, Fernando; López, Ramón; González, Antonino y Ortuño, Elena, *La creación de la Historia Antigua en España en los años sesenta del siglo XX. Conversaciones con sus fundadores* (Madrid: Instituto de Historiografía "Julio Caro Baroja" de la Universidad Carlos III, 2016).

Zabalza, Ana, "Conversación en Madrid con Luis Suárez Fernández", *Anuario de Historia de la Iglesia*, 8 (1999): 323-339.

Perfil

Jordi Vidal (Barcelona, 1974) es profesor contratado doctor del Departament de Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana de la Universitat Autònoma de Barcelona (España). Su principal línea de investigación se centra en la historiografía de la Orientalística Antigua. Entre sus principales obras sobre esta cuestión destacan *Diccionario biográfico del Orientalismo Antigo en España* (A Coruña, 2013), *Descubriendo el Antiguo Oriente* (coedición con R. Da Riva; Barcelona, 2015), *Historia del Instituto del Próximo Oriente Antigo* (Barcelona, 2016) e *Interpretación del Antiguo Israel* (Barcelona, 2017).

Profile

Jordi Vidal (Barcelona, 1974) is associate professor at the Departament of Ciències de l'Antiguitat i de l'Edat Mitjana of the Universitat Autònoma de Barcelona (Spain). His main research line is devoted to the study of the history of the Ancient Near Eastern Studies, his principal works on this topic being: *Diccionario biográfico del Orientalismo Antigo en España* (A Coruña, 2013), *Descubriendo el Antiguo Oriente* (co-edited with R. Da Riva; Barcelona, 2015), *Historia del Instituto del Próximo Oriente Antigo* (Barcelona, 2016), and *Interpretación del Antiguo Israel* (Barcelona, 2017).

Fecha de recepción: 30 de septiembre de 2020

Fecha de aceptación: 22 de octubre de 2020

Publicación: 31 de diciembre de 2020

Para citar este artículo: Jordi Vidal Palomino, "Una versión nacionalcatólica de la historia antigua del Próximo Oriente: *Las primeras civilizaciones* de Luis Suárez Fernández", *Historiografías*, 20 (julio-diciembre, 2020), pp.113-128.